

# temas propuestos

## ¿Debemos aprender el latín?

### LA CUESTIÓN

Dice La Fontaine en una de sus fábulas que el pueblo de los tontos es numeroso y se caracteriza porque encuentra todas las cosas fáciles. Advertido del fabulista, escribo estas líneas sobre la cuestión del latín en la Enseñanza Media. La cuestión está debatida en España y fuera de España, pero no todos los que la debaten están de acuerdo ni está, por tanto, decidida.

Lo primero que hay decidir, a mi ver, es si la lengua latina forma, en efecto, parte del conjunto de enseñanzas que deben hoy día transmitirse a un joven. O, dicho de otro modo, si el latín es un elemento necesario en el acervo de la cultura actual. Sin dudar, una gran mayoría contestará negativamente. En su opinión, el latín es lengua muerta. Todo lo interesante que se ha escrito en latín está traducido a las lenguas vulgares. Y un anticlerical añadiría que el latín es cosa de curas. El griego, con su grafía extraña y al par bella, goza del prestigio de lo arcano, pero en definitiva sería rechazado con las mismas razones que el latín.

### DESARROLLO DE LAS ARGUMENTACIONES

Sin embargo, el asunto no es tan sencillo. Eliminemos, por lo pronto, la razón pseudopedagógica que defendiera el latín como ejercicio mental. Este argumento en pro del latín evidentemente no se sostiene. Hay otras lenguas, como el alemán, que tienen tantas dificultades como el latín y ofrecería a los enemigos de las lenguas clásicas la ventaja de ejercitar al alumno y al mismo tiempo comunicarle un saber útil inmediatamente: el de una lengua viva.

Pudiera pensarse, por los enemigos del latín, que, como ya se ha indicado, el mundo clásico está ya pasado y superado, que lo valioso de aquel mundo, que se expresó literariamente en griego y en latín, ha sido recogido y como embebido en el mundo moderno. Podría, incluso, decirse que el cristianismo asimiló lo asimilable del mundo pagano, principalmente de cuanto al orden filosófico y moral atañe, y que lo que no asimiló no era aceptable. Las ciencias físico-naturales, por otra parte, habiendo hallado su seguro camino, sólo curiosidades pueden encontrar en los libros antiguos. ¿Para qué, pues, emplear años y grandes esfuerzos en aprender latín o griego? La antigüedad quedará reducida, pues, en la enciclopedia moderna casi al rango de la egiptología o la asiriología. Sería una disciplina histórica más. Esta parece que es la posición de quienes vienen a rechazar el latín en el Bachillerato. Quede en buen hora el estudio del latín, dirán, para algunos especialistas universitarios. Lo más que concederán los que así opinan es que el

latín se estudie como disciplina instrumental de algunos especialistas en Historia.

Pero algo se debe oponer a posición tan radical. Primero, que el mundo medieval cristiano es un mundo también expresado en latín, que la tradición filosófica, moral y aun dogmática de ese mundo en griego y en latín fué transmitida. Para apropiarnos realmente su cultura precisamos del latín, en primer lugar, y del griego. Se nos replicará que hasta la liturgia tiende a vulgarizarse; que no hay por qué esforzarse en leer la Vulgata cuando cada lengua vernácula posee su traducción autorizada.

Respecto al sueño de una lengua culta internacional—el latín—de los renacentistas, se dirá también que con la desaparición del ideal de la cristiandad y del Imperio vino la lucha de las nacionalidades con sus dos soluciones: el equilibrio y la hegemonía. Así, al aceptar como lenguas cultas las lenguas vulgares, se apuntaló el equilibrio europeo, pero hoy en el horizonte se dibuja la figura hegemónica del inglés.

El partidario del latín, no obstante, no se da por vencido. Tiene aún argumentaciones más hondas que esgrimir. La palabra es un símbolo o, si se quiere, una representación en la que el hombre prende la realidad a que se abre. Esta realidad es triple: la Naturaleza, la Moral—usado el término ampliamente hasta comprender lo que hoy llamamos Sociología—y el Espíritu. Bien que el mundo moderno sea maestro de la palabra desveladora de la naturaleza, pero la palabra antigua dijo mucho sobre el mundo moral, más sobre el Espíritu. Y la palabra es intraducible. Aquí está el meollo de la cuestión. Paradójicamente no se aprende latín o griego para traducirlo—ni inglés o francés—, sino para entenderlo. De verdad, un verso de Shakespeare o de San Juan de la Cruz, una fórmula de Santo Tomás o un fragmento de Heráclito son intraducibles. No es un contratiempo que el hombre haya inventado varios idiomas, sino la realidad de su riqueza anímica. Las grandes lenguas son el depósito del Espíritu, que guarda las grandes revelaciones de la realidad.

Ahora bien: el mundo antiguo fué riquísimo anímicamente y el cristianismo enriqueció definitivamente el tesoro del alma humana con palabras definitivas, que para nosotros, hombres de Occidente, son palabras principalmente griegas y latinas. ¿Cómo no poner a nuestros hijos en ocasión de acercarse a esas palabras? El mundo del espíritu—Dios y el alma—exige un contacto inmediato y directo con la palabra antigua. Y también el mundo moral. No así la Matemática y la Física, es cierto.

### EL LATÍN ¿PARA TODOS?

Viven en España en la edad escolar, de nueve a dieciséis años, unos 2.000.000 y medio de chicos y chicas; estudian el Bachillerato, aproximadamente, 300.000. Un cierto tipo de Enseñanza Media que complete la Primaria es evidentemente, como propugna nuestro actual director de Enseñanza Media, no sólo deseable, sino necesaria. ¿Quiénes de entre esos escolares de nueve a dieciséis años deben estudiar latín y aun griego? El latín y el griego pertenecen a la clase de es-

tudios que podríamos denominar fuertes. Las capacidades de los escolares son distintas y los dotados son los menos, pero son éstos la conciencia activa de la sociedad, y de ningún adiestramiento se les debe privar, si se quiere que la misma sociedad sea sana. La polaridad minoría-mayoría es ineludible en la vida social, constituye una de las estructuras fundamentales de la sociedad. El problema está aquí en organizar las enseñanzas de manera que, salvando los intereses de todo género que merezcan ser salvados, y venciendo las circunstancias de todo género, incluso la geográfica, los escolares puedan filtrarse a través de las diversas escuelas e ir alcanzando aquellas apropiadas a su talento, problema no solamente no resuelto entre nosotros, mas ni siquiera planteado. Claro está, entonces, que latín y griego deben ser estudiados por pocos. Su lugar, a no dudarlo, es el bachillerato, pero cuántos han de estudiarlo es cuestión técnica que no cae dentro de estas consideraciones.

#### REPERCUSIONES

Aun en la posición extrema de quienes piensan que el latín y el griego son estudios meramente instrumentales para los especialistas de ciertas ramas de la historia antigua, habrá que aceptar que esos mismos especialistas necesitan para su existencia las condiciones mínimas de tipo sociológico requeridas en su caso. ¿Qué harían en España una docena de latinistas sin eco alguno en la sociedad, ni aun en el conjunto total de la sociedad científica? Se dirá que su "sociedad" es la de los latinistas que por el mundo son. La vida social de estos pocos sería de *estufa*, y dentro de la sociedad española, aun la científica, la de unos seres raros. Todo el mundo conoce el aire extraño de los coleccionistas y cultivadores de saberes más o menos esotéricos. Países muy poderosos económicamente se permiten como lujo la existencia de sabios al margen

## estudios

### El cine, al servicio de la comunidad

Uno de los hechos que caracterizan a la Educación en los tiempos modernos es la incorporación a la misma de nuevos instrumentos materiales conocidos por "medios audiovisuales", entre los que ocupa un lugar preferente el cine.

No se sabe, sin embargo, aprovechar las posibilidades que este instrumento ofrece, en el aspecto didáctico y en otros muchos aspectos socio-culturales. Si la Escuela colaborase con otros organismos sería posible, junto con una mayor facilidad para atender los gastos de adquisición y entretenimiento del proyector y

de las grandes corrientes científicas, pero los países que no gozan de esos medios poderosos no pueden permitirse tampoco aquellos lujos. La supresión del latín en el Bachillerato le dejaría—como ciencia—encerrado en una verdadera campana neumática. Se ahogaría y perecería. Por supuesto, que a los citados partidarios de la modernidad a todo trapo no les importaría un ápice que los estudios latinos perecieran.

He de notar cómo la ley de Enseñanza Media de 1938, que se lanzó decididamente por la vía del Bachillerato Clásico, si fracasó en muchos de sus propósitos y realizaciones, por razones que aquí no son de traer a cuento, produjo—a los ojos está—un bien indiscutible: favoreció la notabilísima floración actual de los estudios clásicos en España. En los últimos quince años se ha hecho más en España por los estudios clásicos que en los cientos cincuenta anteriores. Todo ello debido, en su mayor parte, a la existencia de unas docenas de catedráticos de griego y latín en los Institutos, que han creado el ambiente necesario para que los especialistas de las Universidades e Institutos puedan tener una "sociedad" en la que desenvolverse. El helenista o el latinista de Madrid, Barcelona o Salamanca necesita un público que esencialmente está constituido por los catedráticos y profesores de los centros de enseñanza, sus colegas, rivales, amigos, admiradores y detractores.

Hoy existe en España un pequeño mundillo de aficionados a los estudios clásicos. Si ese mundillo ha de pervivir y crecer en concierto con el gran mundo de estudiosos de la antigüedad de los países cultos, es preciso que haya unos miles de jóvenes aprendiendo la gramática latina o griega y, lo que es más importante, si el espíritu en los españoles se ha de abrir a los deleitosos paisajes del Espíritu, es preciso que tengan la principal vía de acceso abierta en el cultivo de las lenguas clásicas.

MANUEL CARDENAL DE IRACHETA

el intercambio de películas, una mayor aplicación de su eficacia a otros medios sociales y no sólo el medio escolar, en el que de ordinario está emplazado el cine.

Es preciso partir de una realidad: que, en muchos casos, este instrumento pedagógico rebasa las posibilidades adquisitivas de la mayoría de nuestros Centros docentes por su elevado costo y gastos de entretenimiento. En consecuencia, si se piensa sólo utilizar el cine en el círculo cerrado de la escuela, sin proyección exterior, y sin ayuda de la comunidad a la que sirve la escuela o los centros docentes de que se trate (enseñanza media, laboral, especial, etc.), hoy por hoy la utilización del cine en nuestros centros docentes resulta casi imposible. Pero si consideramos que el cine puede y debe ser utilizado, tal como se viene haciendo en todos los países, no sólo en actividades docentes, sino en otras muchas de extensión cultural, y aun de mero recreo, para toda la comunidad, entonces nos encontramos con que el cine, desde este punto de vista, puede estar al alcance de la mayoría de los centros docentes si saben interesar en torno a sí la co-